

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS IX JORNADAS

VOLUMEN 5 (1999), Nº 5

Eduardo Sota

Luis Urtubey

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



John Dewey: una alternativa a la "teoría del conocimiento del espectador"

María Aurelia Di Berardino*

Podría comenzar este trabajo de diferentes maneras, pero he elegido la presente ya que parece ser la más clara y la que ofrece una posibilidad mayor de síntesis.

El título manifiesta dos cosas: en primer término la existencia de una denominada "teoría del conocimiento del espectador", y a continuación la posible alternativa que ofrecería Dewey frente a la mencionada teoría. Por lo cual, mi argumentación seguirá el siguiente orden:

- 1) presentación de la teoría del espectador
- 2) alternativa pragmática a dicha teoría
- 3) consideraciones críticas

Creo conveniente, en virtud de la claridad que nos habíamos propuesto en un principio, señalar de dónde surge aquella teoría del espectador o mejor, en dónde encuentra sus raíces que la explican y sustentan. John Dewey -en su libro *La busca de la certeza: un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción*-¹ esboza una mirada histórica para encontrar el origen del dualismo que ha dominado al pensamiento occidental; esto es, la división -jerárquicamente instituida- entre teoría y praxis. Parafraseando al autor, decimos que la teoría no sólo significó el reino de las cosas más excelsas sino también el reino de las cosas no mundanas.² Expuesto así, como si se tratara de una definición más, tal vez perdamos la perspectiva de la importancia de enunciar de este modo y no de otro, el ámbito teórico. Para destacar la importancia de lo dicho, quisiera expresar textualmente algunas de las cuestiones que se plantea Dewey cuando comienza su libro, ya que las mismas, reflejan el propósito de aquél: "¿Cuál es la causa de esta separación abrupta entre teoría y práctica y cuál su importancia? ¿Por qué la práctica ha de ser desdeñada junto con la materia y con el cuerpo?(...)¿En qué modo la separación entre inteligencia y acción ha repercutido en la teoría del conocimiento?"³ Estas preguntas son indicadoras del curso que seguirá el libro pero, más aún, implican el estado en que se encontraba la teoría del conocimiento en el momento en que Dewey propone su empresa pragmática.⁴ Porque en líneas anteriores hablábamos de dualismos, de una forma de comprender el mundo, de dividir lo cognoscible de aquello que es producto de la acción, del libre juego del hombre con las posibilidades que le ofrece su cotidianeidad. Desde esta perspectiva, dirá Dewey,⁵ nos encontramos por un lado, ante lo inmutable, que es necesario y se define por su estructura racional. Convenimos, desde los griegos, en que sólo de este reino se puede obtener genuino conocimiento y que constituye el campo específico de la ciencia. Pero, por otro lado no podemos negar la existencia del cambio, del mundo físico: mundo en el que se inserta el hombre y modifica con su acción. ¿Decimos de este mundo físico lo mismo que de aquel mundo racional y científico? Desde los griegos, repetirá Dewey, este mundo posee notas específicas como el hecho de ser contingente, incierto y del cual sólo podemos obtener creencia o mera opinión.

* Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, U.N.L.P.

Y aquí mismo cualesquiera de ustedes podría preguntar, ¿por qué no contentarnos con la probabilidad que nos ofrece el mundo físico que, en última instancia, es el mundo en que el nos conducimos? Es totalmente lícita y oportuna la pregunta pero, no es menos cierta la respuesta que ha encontrado nuestro autor: "Lo que el hombre desea es la certeza perfecta. No es posible encontrarla con la acción o la operación prácticas, los efectos de éstas re- vierten en un futuro incierto y envuelven peligro de frustración y de fracaso."⁶ Y es posible que esta conclusión a la que llega el autor no constituya en modo alguno, una respuesta satisfactoria. Sin embargo, a la luz del análisis que él mismo se propone a lo largo de su escrito, dicha conclusión señala dos líneas de discusión muy interesantes. En principio, podríamos estar de acuerdo o no con el autor en lo que respecta al deseo final del hombre, que no es otra cosa que la certeza perfecta. Y, en segundo lugar, pensar en qué sentido evadir la incertidumbre del mundo de la praxis nos revela una teoría del conocimiento pu- ramente estética⁷ (la ya mencionada teoría del espectador). Coincidirán conmigo en que sería muy pretensioso de mi parte, ofrecer una buena hipótesis acerca de cuál es o debería ser el desideratum de todo conocimiento humano. De todos modos, podría aventurar -en pos de abrir un futuro debate- que el hombre ha pretendido y pretende encontrar aquello que alguna vez se ha definido como la causa primera de todas las cosas. En definitiva, es creer que más allá de las probabilidades, existe la genuina *probabilidad* de un sentido úl- timo para aquello que somos y conocemos.

Retomando nuestro curso argumental, hablábamos de evasión y de contemplación esté- tica.⁸ ¿En qué sentido entonces, hablamos de evasión? La idea que tiene en mente Dewey es la siguiente: el hombre encontró seguridad -a lo largo del curso histórico- en un mundo inmaterial, en el lugar donde habitaban los dioses, allí donde la Filosofía posteriormente, hizo reinar a la Razón. De este mundo imperecedero no surgen consecuencias posteriores para el mundo de los hombres. Es un mundo ajeno: se genera por su propio *lógos* y se ex- plica a sí mismo sin que el hombre intervenga. El hombre sólo espera encontrar la clave que desentrañe el acertijo, ese misterio que estuvo desde siempre y con el que no hemos dado todavía. Pero ese mundo no nos involucra en tanto que actores, nada de él se desprende y como decíamos, nada de él se obtiene, excepto seguridad. Dewey sostiene que ésta es la herencia legada por el pensamiento griego: la seguridad se mide por la certeza del conoci- miento y esta certeza se basa en objetos fijos e inmutables. Objetos completamente inde- pendientes de la actividad práctica del hombre. Y por lo mismo el hombre ha encontrado un lugar distinto al de la materia, del flujo permanente, de las cosas a futuro que no se pueden controlar o medir en la actualidad. El hombre ha ganado la seguridad de un mundo trascen- dente que le niega el real, el que se proyecta en acciones que traerán otras desconocidas. Y si hay algo cierto aquí, es que el futuro es el terreno de lo ignoto, de esa zona oscura a la que el intelecto no accede y que por lo tanto, escapa al dominio de las capacidades huma- nas. Y en palabras del autor: "Y pareció siempre que, gracias al pensamiento, los hombres podrían sustraerse a los peligros de la incertidumbre."⁹ Desde la antigüedad, hemos "ob- servado" el mundo, lo hemos explicado a través de las religiones, o desde la filosofía o a partir de la ciencia. Pero, tal cual lo expresa el autor, siguen siendo explicaciones de una ocurrencia que no nos pertenece; y sin otro fundamento que la polarización en mundos excluyentes sostenemos la teoría del conocimiento del espectador. En términos de Ian Hacking, así interpreta esta peculiar teoría: "Dewey despreciaba todos los dualismos -men- te/materia, teoría/práctica, pensamiento/acción, hecho/valor. Se burlaba de lo que él

llamaba la teoría del conocimiento del espectador. Decía que ésta era el resultado de la existencia de una clase acomodada que pensaba y escribía filosofía, opuesta a una clase de empresarios y trabajadores que no tenían tiempo para sólo ver.¹⁰

Aquí, entonces podemos sintetizar la teoría del espectador del siguiente modo:

a) desde la antigüedad, rige el dualismo por el cual jerarquizamos por un lado, aquellas entidades eternas, inmutables. Decimos de las mismas que deben ser estudiadas por la razón humana y que sólo de ellas se obtienen afirmaciones ciertas. Y, por debajo de estas entidades *perfectas*, nos encontramos con la materia: ámbito de lo mutable y por lo mismo, incierto. Este es el lugar en donde el hombre actúa, produce, en definitiva, interviene.

b) esta polarización en dos mundos excluyentes, manifiesta, según Dewey, la constante búsqueda de certeza del ser humano. Esta búsqueda se da "... por medios cognoscitivos con exclusión de toda actividad práctica, esto es, de una actividad que introduce modificaciones reales y concretas en la existencia."¹¹

c) si la certeza, entonces, es una cuestión de investigación puramente intelectual, y sólo supone la deducción silogística a partir de verdades precedentes; decimos que el conocimiento es la contemplación pasiva de verdades lógicamente preestablecidas, de las cuales surgen otras verdades. Y esta contemplación tiene que ver con una particular manera de entender la naturaleza que -de acuerdo a la interpretación tradicional-, es una obra concluida, que se acepta tal cual es, y a la que nos sometemos, así nos guste o desagrade.¹² Aquello que hacemos o que proyectamos no tiene más que contentarse con las posibilidades que provea el azar. Si hemos de conocer, lo haremos a través de una "mirada" al mundo a través del cristal de la razón.

Deberé pasar ahora a la segunda cuestión que propuse analizar, esto es, la alternativa pragmática a la teoría que estudiamos en líneas anteriores.

Como hemos visto, aquella teoría que desestima nuestro autor, es un producto histórico que ha dominado la filosofía desde los griegos. Sin embargo, nos dirá a medida que su escrito se desarrolla, es el momento de cambiar de actitud frente al conocimiento (o aquello que entendamos por él) ya que como él supone: "Todo el que se ocupa de filosofía conoce los callejones, al parecer sin salida, a que ha sido conducida la teoría del conocimiento."¹³ Si lo anterior constituye el estado de la teoría del conocimiento, la empresa en la que se embarca nuestro autor es, ni más ni menos, "reconstruir" dicha teoría en términos pragmáticos. No es casual que, en otro de sus libros *-La reconstrucción de la Filosofía-*¹⁴ comente el giro que se ha producido en la mentalidad occidental desde la modernidad para tratar de explicar cómo es posible, a partir de una secuencia histórica, concluir en la necesidad de un replanteo filosófico: "Nuestro sentimiento actual, que asocia la infinitud con el poder ilimitado, con una capacidad de expansión que no conoce término (...) sería incomprensible de no haberse trasladado el interés desde el campo de lo estético al del práctico..."¹⁵ Esta confianza en el hombre como artífice de probabilidades impensables surge de una idea que, en el mismo libro, se presenta como la destrucción de todo tipo de jerarquías, o la defensa de lo que el autor denomina "... una democracia de realidades individuales idénticas en rango."¹⁶ Con esta democratización de las realidades superamos la vieja distinción entre grados del Ser: el superior (objeto de contemplación) y el inferior (accesible a los sentidos) que tanto preocupaba a John Dewey. Ahora, es decir, después de la Modernidad, las ciencias entienden por conocimiento otra cosa que no tiene que ver con la pasiva contemplación que tanto agradaba a los griegos. Ahora, "... para las ciencias experimentales, conocer

significa una clase de obrar gobernado por la inteligencia, deja de ser contemplativo y se hace práctico en un sentido real.”¹⁷ Y con lo anterior penetramos de lleno en la reformulación que pretende el autor. Y lo hacemos desde una óptica que puede resultar extraña ya que Dewey integra, en la definición que mencionábamos dos cosas que, tradicionalmente, han sido excluyentes: el conocer y el obrar. ¿Cómo es que el autor llega a destituir este dualismo clásico? En lo que sigue, intentaré desplegar -a modo de argumento-, esta concepción nueva de lo que significa conocer que se desarrolla principalmente, en el capítulo denominado “Naturalización de la inteligencia”¹⁸ de su libro *La busca de la certeza...*

a) existen 4 objetos diferentes que pretenden representar el objeto del conocimiento verdadero. Estos son: los datos sensibles, los objetos de la ciencia física, los objetos de la experiencia y los objetos matemáticos y lógicos.

b) se cree -y esto tiene consecuencias prácticas desastrosas- que la ciencia trata propiamente de las materias más alejadas de cualquier interés humano importante. Y en este inciso, se puede concluir que en lo que se refiere a cuestiones morales o sociales -por ejemplo- deberíamos renunciar a obtener genuino conocimiento.

c) si la ciencia es ciencia de objetos alejados de interés humano cualumque, entonces dichos objetos no serán otros que los de la matemática y los de la ciencia física. La pregunta es ¿por qué éstos y no otros? Nos dice Dewey que se da simplemente porque “... nacen del supuesto de que el objeto verdadero y válido del conocimiento tiene que ser anterior a las operaciones de conocer e independientes de ellas.”¹⁹

d) para desestimar la definición ortodoxa -por llamarla de algún modo- de lo que ha de considerarse o no objeto de conocimiento, Dewey plantea la hipótesis siguiente: consideramos al hombre no como espectador sino como actor en la escena natural y social. Si el hombre interviene en el mundo, sostendremos que el objeto de conocimiento lo constituyen las consecuencias de la acción dirigida. Y más aún, “... encontraremos tantos tipos de objetos conocidos como tipos haya de operaciones de investigación (...) que desemboquen en las consecuencias pretendidas.”²⁰ El objeto del conocer no es otra cosa que las consecuencias de cualquier investigación, siempre que resuelvan el problema que suscitó el curso de acción seguido.

e) se dice que el objeto de conocimiento así definido no sólo tiene el mismo status que los tradicionalmente considerados “objetos de la ciencia propiamente dichos” sino que, además, es verdadero. De aquí se sigue que “existirán tantas clases de conocimiento válido como conclusiones existan en las cuales se hayan empleado operaciones peculiares al objeto de resolver problemas planteados por situaciones experimentadas con anterioridad.”²¹

f) del inciso anterior se deduce que un problema físico, un problema moral o de cualquier otra índole resultan, en principio similares. Si acordamos en que cualquier problema puede iniciar una línea de investigación y dicha búsqueda conduce a consecuencias que solucionan el problema que las originó, entonces -mediando un método adecuado al problema- “el médico, el ingeniero, el artista y el artesano podrán pretender, con justeza, que poseen un conocimiento científico.”²²

g) por lo tanto, hasta lo que llevamos dicho, no hay objetos privilegiados en cuanto a científicidad se trate. Porque sabemos, además, que los objetos del conocimiento se han definido como consecuencias de operaciones dirigidas. ¿Qué es lo que entiende Dewey por operaciones dirigidas? Las operaciones dirigidas constituyen la INTELIGENCIA, que im-

plica una acción que tiende a modificar condiciones. Esta acción dirigida se pretende mejorar permanentemente ya que no es otra cosa que el método.²³ De este modo, si la inteligencia es el método que permite alcanzar conclusiones cognoscitivas, y si la misma no es más que una acción, puede Dewey reformular su idea de lo que es el conocimiento. El conocimiento deviene en un género de interacción que ocurre en el mundo, un modo de hacer y se juzgará por sus resultados eventuales.

Con estas conclusiones parciales que el autor ha obtenido, poseemos ya un esquema más o menos acabado de la teoría alternativa pragmática. El hombre construye ahora sus propios objetos de conocimiento a partir de los problemas que le suscita su actuar en el mundo. La inteligencia es el método que provee el camino de investigación a seguir. Y, como el conocimiento se juzga por los resultados eventuales, abandonamos la vieja pretensión de un conocimiento cierto pero, sin embargo, tenemos la posibilidad de dirigir los cambios en tanto que actuamos dentro de la Naturaleza.²⁴ Y no por aquello de renunciar a las pretensiones de certeza última, la Naturaleza nos cierra su comprensión, muy por el contrario, cada vez que actuamos actualizamos las posibilidades que ella misma contiene. El hombre vuelto a insertarse en el mundo, conduce sus operaciones para conseguir fines y estas operaciones implican un medio de conocimiento. Y lo que resulta más interesante todavía, de esta concepción pragmática, es la conclusión de que el observador modifica lo observado. Por lo cual se desmorona la idea de que las cosas poseen propiedades fijas e inmutables: el mundo pasa a ser la arcilla con que el hombre modela sus pretensiones y forja sus conocimientos. Pero el hombre interviene, modifica, crea posibilidades y no importa si ya no tiene *creencias verdaderas y justificadas*. El hombre despliega las posibilidades naturales y conoce aquello que hace. Con lo anterior, decimos que Dewey pretendió desterrar la vieja idea del "espectáculo de la naturaleza". Resta finalmente, ofrecer algunos comentarios críticos que servirán para pensar con detenimiento el planteo pragmático de nuestro autor.

Creo que -en líneas generales- el análisis de Dewey está bien fundamentado y responde a la situación en que se encontraba la teoría del conocimiento en su época ya que no ofrecía más que disputas interminables. Sin embargo, hay un punto que me resulta lo suficientemente oscuro como para resaltar. Dice el autor que, existen tantos tipos de objetos conocidos como operaciones de investigación existan. Esto es lógicamente deducible de las premisas con que trabaja, pero implica o bien una multiplicación de las disciplinas científicas o una superespecialización de las ya conocidas. No sería tan preocupante esta cuestión si no es por el hecho de que el autor no ofrece las pautas metodológicas que habrían de seguirse para obtener conocimiento. Tal vez habría que pensar en la posibilidad de que la pretensión de Dewey fuese iniciar una corriente de investigación que continúe el desarrollo de su análisis, en particular lo que él denomina *método*, es decir, la inteligencia operante. Concediéndole esta supuesta pretensión, quedan algunas preguntas para hacer. Por ejemplo, me ocurre pensar en lo siguiente: ha argumentado el autor que conocer es todo acto que implique consecuencias que resuelvan el problema que suscitó nuestro curso de investigación. Ahora bien, podríamos pensar que se me presenta un problema y creo resolverlo de una manera determinada. ¿Es suficiente decir que conozco y que lo que sé es tan genuino como cualquier otro conocimiento, con sólo obtener consecuencias que me parezcan resolver mi inquietud? ¿Es válido decir que esto constituye conocimiento del mismo modo que puede un científico decir que conoce la composición atómica de x, por citar un ejemplo? Sigo

cuestionando, si no está explicitado el método que ha de considerarse adecuado para la resolución de problemas particulares, ¿quién garantiza la racionalidad de mi empresa de conocimiento? O, desde otra perspectiva, ¿quién juzga la adecuación de las consecuencias al problema originario? Frente a la ignorancia en cuanto a qué métodos se refiere, puedo suponer el conocimiento como una cuestión personal: cada cual eligiendo su propia metodología y buscando aquello que le parece adecuado o no para resolver cualquier tipo de problemas. Pero digo que puedo suponer porque -a pesar de este método no especificado-, Dewey no estaría de acuerdo con una concepción solipsista del conocimiento humano, sólo intenta equiparar los objetos de conocimiento de forma tal de no descuidar los asuntos humanos por considerarlos menos dignos de nuestra atención. El propósito de este libro que hemos analizado, no es otro que devolverle al hombre -digámoslo de este modo- el papel que debe jugar en el mundo y su férreo compromiso con aquello que devenga de sus propias acciones. Por lo cual no dudo en que, en pos de conseguir el fin tan deseado, hayan quedado en el camino temas tan importantes como las guías metodológicas para obtener conocimiento verdadero de las cosas.

Notas

¹ John Dewey, *La busca de la certeza: un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1952. Prólogo y versión española de Eugenio Imaz, pág. 6.

² Op.cit. 1, págs. 12 y 13.

³ Op.cit. 1, pág. 5.

⁴ "Empresa pragmática" no es más que un nombre con el cual, personalmente, he designado este proyecto deweydiano en pos de neutralizar el dualismo entre teoría y práctica y, por lo mismo, conceder al hombre un papel activo en el conocimiento de la naturaleza.

⁵ Op.cit. 1, pág. 18.

⁶ Op.cit. 1, pág. 19.

⁷ En la obra citada en la nota 1, Dewey manifiesta lo siguiente: "...se ha producido un cambio que va de la idea del conocer como goce estético de las propiedades de la Naturaleza considerada como una obra de divino arte, a la del conocer como un medio del dominio secular, esto es, como un método para introducir deliberadamente cambios que alterarán la dirección del acontecer." (pág. 87)

⁸ No son éstos, términos que me pertenezcan, corresponden a la terminología usada por el propio Dewey. Cfr. los capítulos "Evasión del peligro" y "Arte de aceptación y de dominio", op. cit. 1

⁹ Op. cit. 1, pág. 6. Con respecto al mismo tema leemos en otro de sus libros, *La reconstrucción de la Filosofía*: "El diario retorno de las estrellas fijas es la máxima aproximación posible a la eternidad, y a la revolución interna de la mente sobre su propio eje ideal de la razón. Debido a su propia condición terrestre (...) la tierra es un escenario de simples cambios. Es un simple flujo, sin finalidad y sin sentido, que no arranca de un punto definido, que no llega a nada, que no equivale a nada (...) Son despreciables [los cambios], obra de la casualidad, juego de lo accidental". Dewey, John, *La reconstrucción de la Filosofía*, Biblioteca de Iniciación Filosófica, De. Aguilar, Buenos Aires, 1955. Traducción de Amando Lázaro Ros, pág. 121.

¹⁰ Hacking, Ian, *Representar e intervenir*. Paidós, 1996. Parte A -Representar-, cap. 4: "El pragmatismo", pág. 83.

¹¹ Op. cit. 1, pág. 62.

¹² Op. cit. 1, pág. 86.

¹³ Op. cit. 1, pág. 171.

¹⁴ Op. cit. 9.

¹⁵ Op. cit. 9, pág. 130. Es interesante leer en este libro (*La reconstrucción...*) el papel fundamental que le concede Dewey a Bacon en el cambio de actitud durante la modernidad. En las pág. 95, Dewey comenta cómo es que el filósofo inglés consideraba la actividad práctica: "Bacon, (...), proclama con elocuencia la superioridad del descubrimiento de hechos y de verdades nuevas sobre la demostración de las verdades ya conocidas. (...) El verdadero método, el que Bacon quisiera introducir, puede compararse a la actividad de la abeja, que recoge

materiales del mundo exterior igual que la hormiga, pero que, a diferencia de esta criatura laboriosa, ataca y modifica lo que ha recogido para obligarle a que entregue su tesoro oculto.”

¹⁶ Op. cit. 9, pág. 130.

¹⁷ Op. cit. 9, pág. 185.

¹⁸ Op. cit. 1, págs. 171-193.

¹⁹ Op. cit. 1, pág. 172.

²⁰ Op. cit. 1, pág. 172.

²¹ Op. cit. 1, pág. 172-173.

²² Op. cit. 1, pág. 175.

²³ Op. cit. 1, pág. 175.

²⁴ Op. cit., pág. 187.

Bibliografía consultada

Dewey, John. *La busca de la certeza: un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1952. Traducción de Eugenio Imaz.

Dewey, John. *La reconstrucción de la Filosofía*, Biblioteca de iniciación filosófica, De. Aguilar, Buenos Aires, 1955. Traducción de Amando Lázaro Ros.

Hacking, Ian. *Representar e Intervenir*, Ed. Paidós, 1996.